

tivos, es porque los clamores de estos desdichados llegaron hasta los cielos, y no pudo su compasivo corazón desentenderse al oír las voces con que piden la libertad de su insoportable esclavitud: *De caelo in terram aspexit, ut audiret gemitus compeditorum.*

21. Insoportable esclavitud, dije, y no me arrepiento. La aflicción de estos cautivos oprimidos por un pueblo enemigo del nombre cristiano, no tiene comparación. Reunid las miserias de Job, la opresión de los israelitas en Egipto, los hierros que los aprisionaron en Babilonia, la sangre que corrió en Jerusalem en los días de Herodes, las catastras, los leones, los patibulos, y cuanto inventó la crueldad de los Dioclecianos y Neronés para probar la constancia de los Mártires; todo no es sino desmayada imagen de la triste situación de unos cristianos dominados de un pueblo, cuyos reyes se disputan el placer de gobernarlos con un cetro de hierro. Porque este martirio es tanto mas cruel, cuanto se renueva cada instante, y cuanto mas crece la alegría de Argel, de Tunez, de Marruecos, de todo el bárbaro imperio de África. Allí veo una tropa de hombres macilentos expuestos en venta pública, despues de haber sido víctimas del furor de un dueño cruel. ¡Qué pesadas cadenas arrastran! Aquí se me presenta un anciano trémulo, con un gran pico de hierro en la mano, triste instrumento de sus fatigas: le veo postrado en tierra. ¡Qué palos descargan sobre él! ¡Cómo le arrastran! Ya va perdiendo el aliento, ya murió. Allí veo á un personaje de alta esfera, engrillado con un hombre vil destinado á limpiar los lugares inmundos; ya la cuchilla cruel le ha separado un brazo. ¡Qué azotes le dan de nuevo! ¡Qué sangre tan pura mancha sus carnes! Allí se me ofrece una jóven recatada y en manos de un amo desenfrenado. Lloro, lucha, grita: vence por último la fuerza. ¡Oh muerte, y qué deseada eres! ¡Qué dulce fueras, previniendo esta infamia! El espíritu me arrebató á las mazmorras mas lúgubres: un vislumbre agonizante me descubre... ¡ay de mí, que mi corazón no hubiera presagiado el golpe del cuchillo que le traspasa! Pues ¿qué ha sucedido? me preguntaréis: *Quid actum est?* (1 Reg. iv). Allí veo á un pontífice de Jesucristo abandonado á los discípulos de Mahoma: el Arzobispo de Valencia participando de las amarguras del cautiverio con su amado y desgraciado pueblo. ¡Oh bárbaros! ¡Oh sacerdocio! ¡Oh Religion santa! *Arca Dei capta est.* No me atrevo á penetrar otras cárceles, porque se me allige el corazón.

22. Estos infelices suspiran por su libertad, y el deseo de re-

cobrarla es un nuevo martirio. Aun sería tolerable si se les permitiese consolarse con los tiernos objetos de la Religion; pero mas afligidos que los judíos en Babilonia, no solo no se les persuade á que canten los himnos de su amada Sion, sino que se les obliga con tormentos á blasfemar del santo nombre de Dios. Y hé aquí otro motivo de compasión; el peligro de su apostasía. Los Osios, los Liberios, los Marcelinos, son ejemplos memorables de lo que pueden los tormentos prolongados. En el mismo seno del Cristianismo, ¿cuántos apóstatas no ha formado la política, el interés, ó la soberbia? Pues ¿qué no debe temerse de unos hombres sin los auxilios de la Religion, y en la tortura del tormento? Los cautivos le temen, y este temor alligador los obliga á estrechar á Dios con sus gemidos: nos habeis hecho, Señor, la fábula de nuestros vecinos: *Posuisti nos opprobrium vicinis nostris* (Psalm. XLIII): justo era el abandono, si hubiéramos olvidado vuestro nombre: *Si oblitus sumus nomen Dei nostri*; pero bien sabeis que no tiene otro consuelo nuestro corazón: oid, pues, nuestros clamores: *Exurge Domine, redime nos.*

23. Los Otonieles, los Samueles, los Simones no son bastante para liberrar la nación santa: esta gloria está reservada á la gran Débora, la santísima Virgen, por medio del Barac de la gracia, san Pedro Nolasco, y su ilustre descendencia. El corazón de María se deja penetrar de la aflicción de los cautivos, y viene á socorrerlos. Este es el fin de la fundación del Orden de la Merced. Consolaos, hombres oprimidos: un pueblo, cuya existencia aun ignorais, va corriendo á socorredores. Su caridad, como una lluvia favorable, hará que á vuestros días de tristeza sucedan unos días de consuelo: saldréis alegres de vuestra cautividad, y volveréis al seno de vuestros padres: *Descendit imber de caelo. In letitia egrediemini, et in pace deducemini.* (Isai. LV). Nolasco rodeado de sus fervorosos hijos penetra por entre la morisma: sus liberalidades quitan á su alma venal la fiera: consiente el sarraceno en poner límites á su crueldad: los atractivos del oro rompen las cadenas, abren las cárceles. ¡Qué alegría! ¡qué consuelo! ¡qué nueva luz! ¡qué día tan dichoso para Israel! *Cum averterit Dominus captivitatem plebis suae, exultabit Jacob, et letabitur Israel.* (Psalm. xiii). Un conquistador al salir de la batalla de que dependía su gloria; una esposa que vuelve á ver despues de muchos años á un esposo á quien amaba con ternura; una madre alligida que ve de repente un hijo único arrancado de los brazos de la muerte, y elevado á una alta fortuna, no rebosan tan-



to en alegría como el corazón de los cautivos: no se como las violentas impresiones que los atacan, no los matan de repente. Levantan los cuelllos agobiados con las cadenas para mirar á sus ángeles tutelares, que traen en sus alas la redención: riegan la tierra con sus lágrimas... ¿Y Nolasco? ¿y los hijos de María? Entrán con ellos, en aquellas moradas del horror, el consuelo y la esperanza: el nuevo redentor es un amigo que habla con sus amigos, que junta sus lágrimas con las de los cautivos, que besa con religioso respeto las cadenas teñidas con su sangre: su piedad le da derecho para llamarlos con el amoroso nombre de hijos, y recibe al mismo tiempo de su agradecimiento el tierno nombre de padre. El dinero restituye á los miseros cautivos la libertad, la vida y el alma, y á donde no alcanza el oro, hay hijos de Nolasco que queden en rehenes y en el cautiverio: ya salen como de las tinieblas de Egipto los nuevos hijos de Israel: ya llegan á su patria. Un nuevo espíritu anima sus miembros desfallecidos. La esposa va á arrojarle á los brazos de su esposo: el padre conoce desde lejos el hijo de su corazón, y quiere meterle dentro de su pecho: los sacerdotes y levitas salen á recibir con festivos clamores al santo Arzobispo de Valencia, que entra en su metrópoli bajo el estandarte de Pedro Nolasco, y se disputan el honor de dar á su pontífice rescatado pruebas de su fervoroso celo. Se esparce por todas las ciudades la alegría: todos entonan públicas alabanzas á la Madre de Dios, de quien es este pueblo, esta herencia, estos hijos sacados de la tierra de Egipto: *Populus enim tuus est, et hereditas tua, quos eduxisti de terra Aegypti.* (III Reg. viii). Y esta sola reflexion no basta para mover vuestros corazones, y hacerlos seguir las ideas de María, y de aquellos santos personajes que contribuyeron al establecimiento de su Orden? Desde luego es muy eficaz para vosotros el medio de que se sirve María para la redención de los cautivos.

24. Bien: ¿y qué exige María de vosotros? Que abraís vuestra mano liberal para cooperar con limosnas á la redención de los cautivos. ¿No habéis escuchado en vuestras puertas el eco compasivo de los hijos de Nolasco que imploran vuestra caridad? María los envía, como san Pablo á su discípulo Tito (II Cor. viii), para que recojan limosnas para aliviar á vuestros hermanos cautivos, como allá en Jerusalem para consolar á los perseguidos despues de la muerte de san Estéban. Á vosotros interesa escucharlos, porque María os proporciona el objeto mas á propósito y el mas seguro para merecer. Es el mas á propósito: es verdad que todo miserable

es objeto propio de compasion: el enfermo, el huérfano desvalido, la triste viuda: estos pobres son acreedores á vuestras limosnas: si no los socorreis, sois sus crueles homicidas, segun la expresion de los Concilios: *Necatores pauperum*<sup>1</sup>. Pero mas perfecta, mas meritoria es la caridad con los cautivos. Esta es una de las mas heróicas acciones de la compasion cristiana: *Captivos redimere opus praeantissimum*: así habla san Cipriano. Entre las limosnas, la mas preciosa es la que se hace á los cautivos: *Clarissimum inter omnia*<sup>2</sup>: este es el lenguaje de san Gregorio. ¿Qué mayor caridad, dice san Ambrosio, *quam redimere captivos*<sup>3</sup>, que libertar los cautivos de la mano enemiga que los aprisiona? ¿Qué mayor caridad que *subtrahere neci homines*, que libertar los hombres de la muerte á que habria de conducirlos la crueldad del mahometano? ¿Qué mayor caridad que *subtrahere feminas turpitudini*, que separar las inocentes vírgenes de la desenfrenada lujuria de los bárbaros? Por eso este mismo Padre del siglo IV para rescatar los cautivos del poder de los infieles se despojó de cuanto tenia, y despojó los sagrarios para precio de su rescate. Oid la respuesta que dió á los que no les parecia bien este hecho. Al presente, les dice, estos vasos sagrados son preciosos por su materia: en otro tiempo fueron de mayor precio por contener en sí la preciosísima sangre de Jesucristo; pero despues de haberse vendido para redimir los cautivos, hacen el ministerio de la misma divina sangre rescatando las almas de las manos de los bárbaros y de la tiranía de los demonios: *Vere pretiosa vasa, quae redimunt animas à morte*<sup>4</sup>.

25. Por otra parte los cautivos son el objeto mas seguro de la caridad. ¿Cuántos invocan el nombre de Dios sobre una necesidad que no padecen? ¿Cuántos cuando el resto de los ciudadanos, como racionales abejas, cada uno forma el panal que le corresponde, ellos, como perjudiciales zánganos, rodean la colmena para mantenerse de la miel que otros trabajan, y á la que no han querido llevar ni una flor? De aquí es que desde el segundo siglo se examinaban con escrupulosidad las necesidades, para repartir las limosnas que contenia el arca respetable del templo. De aquí es que Ático, obispo de Constantinopla, san Agustín, san Basilio<sup>5</sup>, y casi en nuestros

<sup>1</sup> Apud Joannem Launoy, De cura Ecclesiae pro miseris.

<sup>2</sup> Apud Houdry, tom. III, pág. 16, et Lonner, De charitate.

<sup>3</sup> S. Ambrosius, lib. II, cap. 13, de officiis.

<sup>4</sup> Lib. de officiis.

<sup>5</sup> Apud Thomasin, De veteri et nova disciplina.



tiempos san Carlos Borromeo, ordenaron que no se repartiesen las limosnas á los que podian trabajar, ni á los que sus parientes debian alimentar. Pero cuando se trata de los cautivos, ¿puede ser fingida su necesidad? ¡Ojalá lo fuera! Sus aflicciones son mas luminosas que la luz: ellos están en poder de los enemigos de Jesucristo: no hay que añadir mas.

26. Ahora bien: si la caridad es mas meritoria, cuanto es mas la necesidad; si debe guardarse orden en la distribucion de las limosnas, ¿qué meritoria y en cierto modo necesaria no será la caridad con los cautivos? Lo es tanto como fecunda de bienes. Sin acordarme de las ventajas vinculadas á la limosna, que libra de la muerte, que tiene en sí la virtud y poder de la sangre de Jesucristo, que sube hasta el trono de Dios, y de cuanto han dicho para hacerla amable las Escrituras y los Padres, os alcanzará especial proteccion de Dios, porque pensais en lo que él pensó desde la eternidad; especial proteccion de Jesucristo, porque en los cautivos mirais expresa su imagen; especial proteccion de María, porque es obra toda suya la redencion de los cautivos.

27. En efecto, ¿con qué ojos tan misericordiosos no ha mirado á los que protegen y cooperan á esta obra? Por esta razon su ternura es universal y benéfica para todos los que la invocan como redentora de cautivos. Aquí debia comenzar mi elogio para consuelo de tantas almas afligidas; pero es necesario decirlo todo en compendio. No ha habido alguno que la invoque bajo el título de la Merced y Redentora de cautivos, que no haya sido prontamente socorrido, puedo decir seguramente con san Bernardo: *Non est, qui se abscondat à calore ejus.* ¿La invocan los afligidos? Al cardenal Nonnato le recrea con su presencia, cuando le arrojan los bárbaros sobre un muro con garfios: á Pedro Armengol le sostiene entre los brazos ocho dias, para que no le sofoquen las cuerdas que le tienen colgado de un árbol: *Non est, qui se abscondat à calore ejus.* ¿La invocan los capitanes en auxilio de sus armas? Á su voz huyen de la presencia de Colon, y se pacifican en Santa Cruz de la Sierra. ¿La llaman los naufragantes? Allá envia á María de Socors para que los liberte de la opresion y del naufragio. No puedo individuar tantas maravillas: leed un número prodigioso de volumenes depositarios de los milagros de su bondad, y os admiraréis de ver los infieles que ha ilustrado, los pecadores que ha santificado, los oprimidos que ha librado de la violencia: las almas tentadas, en quienes ha hecho revivir la confianza, los... Vosotros con-

vendréis conmigo en que son patentes los sentimientos de ternura y compasion del corazon de María en la redencion de los cautivos, en la fundacion de su Orden militar elegido á este fin, y bajo el título de las Mercedes. ¿Cuáles, pues, deberán ser las ideas de los hombres, para que sean conformes á las de María? Me hallo insensiblemente en la tercera parte. La trataré con brevedad, porque vuestra paciencia pide de justicia que yo no abuse de ella.

*Tercera parte: Nuestras ideas para con María deben ser de gratitud y de reconocimiento.*

28. Luego que reflexioné que este gran beneficio de María se ha concedido á hombres racionales por naturaleza, y cristianos por religion, me congratulé á mí mismo, persuadido á que oyendo el eco clamoroso de su religion y de su fe, sus ideas no podian ser sino de reconocimiento y gratitud, llenando los designios de su Bienhechora: y no fueron vanas mis esperanzas; porque así lo veo verificado, ya se mire este proyecto en el canal de su propagacion, ya en sus prerogativas, ya en su celebridad. Fiel en el canal de su propagacion: ¡qué Orden tan ilustre el que grabó en su corazon este beneficio, y se hizo cargo de sostenerlo! Magnífico en sus prerogativas: ¡qué privilegios no le ha concedido la Iglesia! Glorioso en su celebridad: ¡qué número de partidarios no ha tenido en todos tiempos! El celo en cumplir con las obligaciones que impuso María, las mismas liberalidades de la Iglesia y la devocion de los pueblos dan á entender la gratitud y reconocimiento de los hombres: *Et dixit populus: fiat, fiat.*

29. ¡Qué espectáculo tan luminoso es el que nos ofrece la santa familia de la Merced! Los nuevos redentores, instruidos por María en el fondo de la mas heroica caridad, se preguntan á sí mismos: ¿En qué nos embarazamos? El eco lastimero de los cautivos nos insta mas que al Apóstol la voz del Macedonio para ir á su auxilio: ya estamos vendidos á su libertad, este es nuestro instituto, esto lo que nos manda nuestra Madre. Ya están en camino cargados con las limosnas que ha juntado una mendicidad vergonzosa. Me parece que veo al pueblo santo en los desiertos de la Arabia, y su hermosura me obliga á exclamar: ¡Qué bellos son tus tabernáculos, Jacob, y tus tiendas, ó Israel! Ya derraman sus liberalidades entre los moros: el interés civiliza la barbarie: ceden á la prodigalidad de Nolasco las víctimas destinadas al sacrificio del demo-



nio. Un pueblo numeroso sale del cautiverio; pero ¡oh! que aun quedan mas aprisionados, y ya faltan los medios: triste situacion para un corazon devorado de la caridad. Esta virtud aventaja en sus industrias los ardides de la mas fina política. Opongamos á la crueldad, dice Nolasco, un espectáculo capaz de enternecerla: paguemos el rescate de los cautivos con nuestro propio cautiverio: pidamos que junten para nosotros todos los suplicios, con tal que den libertad á nuestros semejantes. ¡Oh qué heroismo! Nada hallo que pueda compararse con este pensamiento. Nolasco es el primero que dice con san Pablo: *Ego vincus Christi* (Philip. 1): el primero que entra por esta nueva senda de la caridad. Quita las cadenas á los cautivos y él mismo se las carga: gozad, les dice, de vuestra libertad, que yo quedo cautivo por vosotros: este era el único objeto de mis deseos.

30. Los hijos de Nolasco se alligen de no haber prevenido los suplicios, y vuelan á los altares del Dios vivo á hacer un voto solemne de quedar en rehenes bajo el poder de los sarracenos, si fuese necesario, para la redencion de los cautivos. ¡Qué generosidad! Con la misma han cumplido su promesa en todos tiempos. Y aqui es donde los Mercenarios han brillado en todo su esplendor: porque de hecho me son menos respetables los Pedros y los Franciscos, llevando el nombre de su religion hasta los fines de la tierra; los Bernardos y Arnolds formando el cuerpo de sus constituciones, y el espíritu de su Orden; los Pedros Pascuales y Nonnatos, aquel compitiendo con santo Tomás y san Buenaventura en París, este honrando la púrpura cardenalicia; otros dando leyes de prudencia á los hijos del gran Loyola; otros defendiendo con ardor la pureza de María en su Concepcion; otros abriendo paso á la fe en América; otros comentando las Escrituras; otros ocupando las cátedras mas célebres; me son menos respetables, repito, en los hijos de Nolasco estas ocupaciones tan brillantes, que cuando los oigo pedir limosna para los cautivos; cuando los veo rompiendo las cadenas, y aun quedándose en el cautiverio por dar libertad á los cristianos. Un rey en su trono le parecia menos respetable al Crisóstomo, que san Pablo encarcelado por Neron.

31. No esperéis, pues, que os hable del árbol majestuoso de la Merced, sino presentándoos sus ramas teñidas en sangre. La gloria de esta generacion santa es tener un sinnúmero de hijos que han dado la vida por la Religion y los cautivos<sup>1</sup>: en Granada, Juan de

<sup>1</sup> La Merced de María coronada, lib. I, pág. 11.

Granada; en Baza, Juan de Zorroza; en Almería, Pedro Beteta; en Lorca, Raimundo Víctor; en Tunez, Antonio Valesio; en Argel, Guillermo Sagiano... Siempre serán recomendables por lo particular de su martirio los Ramones Nonnatos, los Pedros Pascuales, los Serapios, los Armengóles... No puedo retener en la memoria otros mil quinientos treinta y tres mercenarios que buscaron en Marruecos<sup>1</sup>, en Tunez y en Argel la muerte cruel que les dieron los tiranos... Tampoco cuento en este número aquellos hijos de María que han salido de entre los bárbaros mutilados, cicatrizados y heridos. Siempre será célebre en los fastos de la historia la primera junta general que celebró este sagrado Orden para tratar de los intereses de la redencion. Se me presenta tan memorable como el primer concilio de Nicea, donde apenas hubo Padre que no llevase impresas en su cuerpo las señales de su religion<sup>2</sup>. Allí veo Mercenarios á quienes los bárbaros arrancaron con violencia un ojo, y los equivoque con Panucio, obispo de la Tebaida; otros á quienes falta un pié, y me parecen un Serapion, obispo de Chipre; otros sin brazos, como Pablo de Neocesarea; otros agonizantes por un largo destierro, y los confundo con Eustaquio, obispo de Antióquia; otros... Los Mercenarios se han ceñido con la cadena de trabajos, cuya numeracion hace el Apóstol, por cumplir con las obligaciones que les impuso su madre y fundadora la santísima Virgen.

32. Pero olvidad, si podéis, esta prueba de su reconocimiento, y reconoced otra enteramente decisiva. ¿Y cuál es? La voz de la Iglesia declarada abiertamente á favor de este proyecto de María. Ella bendice de un modo el mas solemne el culto religioso con que solemnizamos este dia á la santísima Virgen. Gregorio IX, Paulo V, Inocencio XI, Alejandro VIII, Inocencio XII, Juan XXII, Urbano VIII, Clemente X, se han declarado apologistas de esta religion y del instituto de la redencion. ¡Qué elogios no han pronunciado á favor de ella Calixto III y Urbano VII! Con letras marcadas con el sello de san Pedro han asegurado que la religion de la Merced ha tenido lugar sobresaliente en la estimacion de la Iglesia, y que atendido el cuarto voto de redimir cautivos hasta quedarse por ellos en prisiones, aventaja este Orden al resto de los Ordenes regulares. ¡Con qué celo no ha querido grabar la memoria de esta obra en el corazon de los fieles! Ordena en fuerza de su

<sup>1</sup> Vidondo en su Espejo de la caridad, fól. 199.

<sup>2</sup> Hist. Concilii Nicæni apud Labbe.



autoridad, que en las Cuaresmas se predique y se exhorte á los fieles para que cooperen á la redencion de los cautivos. ¡Qué gracias no le ha dispensado la Iglesia! Esta abre sus graneros, y derrama sobre sus aliados los tesoros de la divina misericordia. Léanse los anales de la Iglesia, y se encontrarán bulas auténticas de mas de cuarenta pontífices, que con las expresiones mas valientes se han explicado á favor del objeto de nuestros cultos; y en despique de los herejes han honrado con indulgencias é insignes privilegios á los hijos de la Merced, á sus devotos, á sus templos y á su hábito<sup>1</sup>.

33. Proyecto tan autorizado no podia menos de acreditarse, y no es de admirar que haya tenido tantos partidarios; y ved aquí en lo que consiste su celebridad. Los reyes han declarado todo su favor á esta obra tan recomendable. D. Jaime, si se apoderó de las costas del Mediterráneo, fue para asegurar el paso á los hijos de María. Los Reyes de Castilla, si han cubierto el mar con sus armadas y atemorizado á los bárbaros con sus cañones, ha sido para que llegasen los redentores con menos riesgo hasta la mansion de los cautivos. Los reinos de España se han adquirido la gloria de haber contribuido á las mayores redenciones. Luis el Grande hizo respetar de los bárbaros este Orden milagroso, y la Francia los obligó á doblar la rodilla delante del escudo del Orden de la Merced. Alfonso IV, Juan I y Juan II se han declarado patronos y protectores del Orden de las Mercedes, y han mirado como delito de lesa majestad la vulneracion de sus fueros. Mirad las armas de su escudo, y veréis impresa en ellas la mano de los reyes. ¿Qué pueblo no ha contribuido á esta heroica obra de caridad? Los Mercenarios ven con gran consuelo á todos los fieles cooperar á la redencion de los cautivos, llegando á tanto el fervor, que dan sus posesiones, sus casas y sus bienes á estos nuevos redentores. Alabo vuestra piedad, pueblo cristiano: los Mercenarios llevarán al Asia y al África vuestras limosnas, y vosotros recogeréis en el seno de vuestras familias el fruto de sus trabajos. No os olvidéis de los cautivos: *Mementote vincitorum* (Hebr. XIII); y así llenaréis las ideas de Dios para con María, las ideas de María para con los hombres, y las ideas que deben concebir los hombres de María santísima: las ideas de Dios para con María son ideas de magnificencia y de gloria: las ideas de María para con los hombres son ideas de compasion y de ternura; y las ideas de los hombres para con María son ideas de gratitud y de reconocimiento. Concluyamos alabando al Señor de

<sup>1</sup> La Merced coronada, lib. III, cap. 9.

Sion, que así ha engrandecido á María en la obra de la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced: *Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, pro quibus non peperisti animam tuam... et dixit populus: fiat, fiat.*

34. Y Vos, poderosísima Reina, mirad desde el cielo con ojos de clemencia esta viña que es obra de vuestras manos: *Respice de caelo, et vide: et visita vineam istam, quam plantavit dextera tua.* (Psalmo LXXIX). Mirad por las necesidades de la Iglesia que la autoriza con sus gracias; por la felicidad de los Reyes católicos que la defienden; por la salud corporal y espiritual de los fieles que concurren con sus liberalidades; por la perfeccion de vuestros hijos los Mercenarios que la componen. Miradla, Señora, como Madre: *Convertere.* Miradla una y muchas veces con afecto y ternura: *Respice de caelo, et vide.* Visitadla y regadla con las gracias de vuestro hijo Jesucristo: *Visita.* Perfeccionadla y hacedla respetable en el mundo: *Perfice.* Así, Señora, os alabaremos en el tiempo para alabaros despues en la eternidad. Amen.